

Abisinia

Que podía ser Recareda si el mote¹ caía en manos de Teresita Ledesma; o Celedonia si el encargado de leer la homilía de aquel domingo era don Apuleyo o si, en los tiempos todavía glamurosos de la *belle époque*, a [la hermana](#) de éste le había caído en suerte — algo ajada, es verdad, pero aun lo bastante hermosa para poder ejercer la profesión sin hacer mal papel²— deleitar a alguno de sus clientes más apreciados narrándole, en la intimidad de su gabinete y degustando una copita de licor, episodios románticos o enternecedores de una infancia que dejaban perpleja unas veces a mamá y otras veces a una señora de la cola del super³ o, si todas fallaban fuera por algo de dominio público o porque se hubiesen tomado (en el caso de las más misteriosas, que las había muy reservadas) lo que solía denominarse de forma un tanto críptica “asuntos propios”, atónitos a individuos tan templados como Lewhgif o un tal Florencio Cardoso que siempre protestaba “no sé por qué precisamente yo, un tipo con tanto mundo que no se escandaliza de nada, me tengo, para una vez que

¹ [Ver definición y ejemplo aquí.](#)

² Y más teniendo en cuenta que a medida que el negocio prosperó fue poco a poco retirándose ella de los aspectos más carnales del oficio, no teniéndose ya que quitar no el corsé, que ni la gargantilla ni el aderezo de brillantones se quitaba, allí, sentada en su sillón y pareciéndose a la reina Victoria (de Inglaterra, por lo visto).

³ Que no era ni de nuestra pandilla ni de nuestra clase, pero la llamábamos a veces cuando no teníamos las ideas muy claras porque llevaba estupendamente la cuenta de quién era quién y de dónde estábamos.

de pascuas a ramos os dignáis invitarme, que quedar boquiabierto por semejante bobada” preguntándose, cada uno a su manera y con la entonación que más le apeteciese si venía a dar la casualidad de que tocase por ser martes o viernes tema libre, de dónde, tan mosquita muerta que parecía y que nadie hubiese dado un duro por su capacidad para repentizar de esa manera, habría sacado un antaño y unos familiares tan pintorescos.

Recareda o Celedonia pero no Fuensanta. Fuensanta no podía ser no porque hubiese ninguna prohibición expresa sino porque, aparte de en otras versiones apócrifas que circulaban sin firma ni fecha ni nombre de autor y por tanto nadie se responsabilizaba, figuraba en la 9b de Nufñre⁴, y con Nufñre casi nadie se atrevía porque después de lo de aquel café con leche aquel día por la mañana junto a la hoguera cuando se le metió entre ceja y ceja que amargaba y le dijeron “pues amargar es lo que tiene que hacer, como ha amargado siempre” o que cómo quería entonces que supiera y ella dijo que “pues dulce” y que alguien hiciera el favor de traerle un...

⁴ porque había otra 9b, pero aunque era de las anónimas se la miraba con un cierto respeto a pesar de que había quienes afirmaban que el enorme parecido con la original era pura coincidencia, y que aquella no era la verdadera Fuensanta.

— ¿Cómo se llamaba, Aniceto — se paraba en seco la tía Melinda para preguntar a su marido — aquel cacharro de porcelana que no podía encontrar Fhbeaoh?

El caso es que, llamárase como se llamara el recipiente, de porcelana, no más grande que una taza (para más datos), y, por si había algún despistado o que hubiese faltado como “está siendo un invierno muy crudo y casi todo el mundo anda con otitis o anginas” — entraba en detalles la señorita Violeta si se la pillaba de buen talante —, esmaltado por lo general y con dos asas, todo el mundo escurría con más o con menos disimulo el bulto y nadie se arriesgaba porque, decían, empiezas con un objeto material y perfectamente tangible “e incluso rompible” — que había días que la señorita era un prodigio de amabilidad — y no se sabe con qué clase de abstracciones se puede uno así que como que a lo tonto o sin pensar terminando por dar de manos a boca.